

PRÓLOGO

Carmen Curbelo*

Infinidad de veces los arqueólogos en Uruguay y seguramente en muchos otros lugares, somos preguntados sobre la utilidad que puede tener para la sociedad nuestra profesión. ¿Qué tiene de productivo excavar y recuperar, cuando no se utiliza la expresión “juntar cosas”? Cuando de Arqueología prehistórica se trata, aparece más útil a los ojos de la sociedad, porque de “los indios” no se sabe nada. Aunque muchas veces caemos en las redes de la “civilización” occidental, para cuyo deseo de desarrollo los grupos prehistóricos mayoritarios de nuestra región del Río de la Plata –cazadores recolectores– no tenían “mucho cosa”, claro, siempre comparados con lo que hay en Perú, México y cuando no, con el paradigma popular de la Arqueología: Egipto y sus pirámides. Si esto sucede con la Arqueología prehistórica, ¿qué esperar para la comprensión de una Arqueología que trabaja donde parece que la Historia ya ha dicho todo? Por suerte y con trabajo hecho, esta forma de ver a la Arqueología en general y a la Arqueología histórica, en particular, está cada vez más lejana.

La Arqueología en Uruguay acompañó el desarrollo de la disciplina en el resto de América siguiendo, a grandes rasgos, cinco grandes iniciativas de producción de datos, diacrónicas en su aparición pero de funcionamiento superpuesto a partir de la segunda. Una inicial de lectura de fuentes y recolección de materiales superficiales altamente especulativa (Cabrera 1988); una segunda relacionada con la salvaguarda de todo elemento “antiguo”, fuera prehistórico o histórico; una tercera dedicada a la elaboración de historias culturales; la cuarta, con base en el neopositivismo; y la quinta, por fin, volcada hacia un enfoque que, para englobarla, abusaremos del concepto “Crítico” (Curbelo 2004).

Dentro de estos contextos de preocupación por la materialidad del pasado, la recuperación de restos correspondientes al período histórico comienza muy tempranamente en el siglo XX, respondiendo a dos factores interrelacionados: por un lado, la memoria de una vieja época colonial que se ve soñadoramente esplendorosa; por otro, los edificios –civiles o militares– que le pertenecieron y la representan. Esta etapa y visión centrada en la admiración y recuperación de la

* Departamento de Arqueología, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República. Uruguay. carmencurbelo@gmail.com

monumentalidad histórica, generalmente asociada, aunque no siempre, a hechos bélicos o políticos, es heredera directa del concepto de civilización morganiano: el hombre como un hacedor poderoso destacado fundamentalmente a través de los logros arquitectónicos. Logros que responden –tanto en su ideación como en su destino– a los grupos sociales hegemónicos: iglesias, fortificaciones, edificios públicos con fines políticos y sociales, y que se recuperan para ellos.

Las recuperaciones y restauraciones se hacían dando prioridad a la estructura arquitectónica y los objetos se consideraban primando criterios estéticos en los diseños (e.g. Seijo 1932, 1933) y, al igual que en muchas otras partes, el encargado era un arquitecto o simplemente un voluntarista estudioso. Debió llegar la Carta de Venecia (1965) para esclarecer la importancia de un trabajo arqueológico y aún así mucho tiempo pasó en nuestro país para que se comprendiera que la estructura arquitectónica sólo es una parte de todos los comportamientos culturales presentes en una ocupación humana y que su existencia monumental no es condición *sine qua non* para que el sitio revista importancia sociocultural.

De hecho, esta concepción ha sesgado buena parte de la recuperación de sitios históricos en Latinoamérica durante el siglo XX, reduciendo la interacción cultural y los procesos históricos complejos a restos monumentales “impresionantes”, obviamente para las clases hegemónicas de la sociedad occidental. Como ejemplo basta reconocer la visión estereotipada dominante de los restos de las Misiones Jesuíticas del Paraguay, que redujeron toda su interacción cultural a la “maña” de los indígenas para copiar y a la buena “labor” de los jesuitas. Inclusive centrándose en aquellas estructuras arquitectónicas que hacen a la excepción y no a la regla, como son los casos de San Miguel y Trinidad. En Uruguay cumple con ese sesgo la recuperación de edificios militares y civiles, tales como la Fortaleza de Santa Teresa (Departamento de Rocha) o el Cabildo de Montevideo, por citar algunos ejemplos (Arredondo 1958, 1965).

La Arqueología histórica procesual es la primera corriente que encuentra en Uruguay arqueólogos profesionales trabajando en el tema y peleando por el lugar de los comportamientos en la recuperación de restos arquitectónicos. Los primeros trabajos se orientaron de acuerdo a los enfoques de Stanley South (1977), pero duraron poco. Muchos de nosotros vimos en la teoría de la comunicación de Chomsky que el propio South utilizaba, y en el espacio como objeto de construcción y comunicación cultural, el camino hacia una Arqueología histórica de corte social, no competitiva con la Historia, con sus propios problemas a resolver, pero apoyada en la contextualidad que da el documento histórico y viendo en la Hermenéutica la herramienta teórica para la interpretación.

La Arqueología histórica fue creciendo en la región del Plata, demostrando que podía resolver situaciones siempre “ágrafas” (Curbelo 1996), vinculadas

a la compleja interacción cultural que se inicia en nuestro territorio con los primeros avistamientos de Americo Vespucio en 1505. Siguiendo a Orser (2000), la Arqueología histórica en América viene a ocuparse de la interacción –acción/resistencia– entre diversos grupos culturales: unos con mayor tecnología y el poder de la palabra escrita para ser vistos y permanecer, en desmedro de otros que han correspondido históricamente a grupos sociales invisibles y sin voz: indígenas, esclavos, pobres, mujeres y niños.

Sin embargo, esta interacción y el rol hegemónico de la cultura occidental tampoco fueron homogéneos internamente. En el proceso de conquista y colonización occidental, miles de campesinos provenientes de Europa, fundamentalmente de España, pertenecientes a las clases más empobrecidas como efecto *boomerang* de la conquista de América, primero, y luego al desequilibrio político y económico que se produce en Europa sobre todo a fines del siglo XIX, arribaron al Río de la Plata y a otras muchas partes de América. Favorecidos por su pertenencia al grupo sociocultural mayoritario, pero ahogados en la masa popular no letrada, pobre y trabajadora, llegaron a “hacer la América” como suele decirse popularmente.

En la región del Plata, desde el último tercio del siglo XIX, estos grupos de individuos, provenientes fundamentalmente de diversas regiones de España e Italia, forman parte de otra etapa de interacción cultural. Es un pasado reciente que aún está vigente en descendientes y fuerzas de trabajo que dieron lugar al desarrollo económico y demográfico de extensas áreas, tanto en las zonas urbanas como rurales.

Su estudio puede hacerse desde la Arqueología histórica, específicamente a través de la Etnoarqueología, enfocada hacia problemáticas más particulares que destacan por encima de los patrones de comportamiento generales y entendida como generadora de marcos de referencia para la comprensión de los procesos culturales y orientada desde lo cognitivo en relación a las racionalidades que pueden o no dar lugar a determinado tipo de comportamientos (Hernando 1995:25). Ello se suma a la comprensión del espacio como construcción cultural, produciendo paisajes a partir de cuya interpretación podemos conocer las relaciones de poder entre los diferentes grupos sociales interactuantes. Si bien el razonamiento analógico aparece usado en forma frecuente para efectuar interpretaciones, el uso de la analogía etnográfica, así como de la Etnoarqueología, no ha sido objeto de mayores reflexiones en el marco de la Arqueología histórica latinoamericana (Curbelo 2003).

Para el caso concreto de los inmigrantes hispano-italianos, la Arqueología histórica encarada como Etnoarqueología, nos permite comprender la construcción de paisajes culturales basados en emprendimientos industriales de tipo familiar, que empleaban mano de obra zafra o permanente, dando lugar en muchos casos a la formación de poblaciones, o retroalimentando producciones

específicas: plantaciones de trigo en el caso de los molinos; ganadería lechera para los tambos; explotación de canteras de caliza para las caleras; explotación de yacimientos de arcilla para los ladrilleros; entre otros.

Algunas de estas actividades aún continúan con las antiguas técnicas. De otras que han pasado totalmente a la mecanización, permanecen dos fuentes de datos: los restos de los antiguos ingenios, ya sea en estado de abandono o reutilizados con el mismo o diferente fin, y la memoria de los ancianos obreros o de sus descendientes. En la mayor parte de los casos, los restos de esta ocupación rural aparecen como marcas del paisaje cultural actual, sin memoria social, conocidos sólo por aquellos que los trabajaron o estuvieron en contacto con los trabajadores antiguos. Las más de las veces sin memoria. Sólo testigos mudos de otra época y asumidos por las generaciones actuales como parte del paisaje sin relación con el pasado regional.

La investigación etnoarqueológica de estas presencias, con las problemáticas de una Arqueología social y contextual, permite una aproximación holística para la comprensión de los contextos socioculturales dentro de los cuales se formaron, funcionaron y desaparecieron algunos de estos emprendimientos industriales y, a su vez, de los que hoy conviven con esos restos sin conocerlos. Asimismo, el conocimiento del uso del espacio en sus tres expresiones: macro, medio y micro, involucrando a todos los grupos sociales que actuaron en su construcción y de las características de los vestigios y artefactos remanentes de las actividades realizadas, aportan conocimientos fundamentales para el abordaje de sitios arqueológicos funcionalmente vinculados a los ya estudiados, así como un relato común junto a las fuentes de datos escritas y orales.

El estudio holístico de estas industrias, su desaparición y a la vez su permanencia en los procesos de construcción sociocultural hasta la sociedad actual, permite una aproximación a la comprensión de un paisaje rural antes densamente poblado, contra uno actual vaciado a favor de los centros urbanos. Asimismo, posibilita la comprensión de algunos de esos centros urbanos como producto, en sus inicios, del establecimiento de familias cerca de las fuentes de trabajo que constituían un molino o una calera, por ejemplo. Está presente la interacción de numerosos inmigrantes con el territorio y la población local a través de sus emprendimientos industriales que trasladan tecnología y generan nuevos grupos sociales, nuevas fuentes de trabajo y, por lo tanto, nuevas relaciones laborales y el desarrollo socio-económico de amplias regiones fuera de los centros urbanos.

El resultado final será la comprensión de procesos cuyo origen no es demasiado lejano en el tiempo, en la mayoría de los casos apenas cuatro generaciones, que a partir de la interpretación de los diferentes paisajes culturales permite una aproximación al presente y generar la reapropiación de los procesos que han dado como resultado la situación actual de diferentes regiones. Procesos

que involucran siempre interacción entre grupos sociales con diferentes tecnologías, su implantación y participación en el desarrollo de pequeñas comunidades y la dinámica de situaciones sociales, económicas y tecnológicas que han mermado, cuando no hecho desaparecer, las diferentes actividades. Y cuando ellas se han reproducido y continuado en el tiempo nos permite interpretar el registro arqueológico compuesto por las que han sido abandonadas.

Un estudio encarado con un enfoque etnoarqueológico genera fuentes analógicas y a través de copiosos trabajos de extensión, lleva a la reapropiación social de estos conocimientos y, por lo tanto, del pasado regional inmediato. Es investigación aplicada para la defensa de las comunidades y de los sitios, a partir de la generación de conocimiento básico para ordenar la avalancha de ideas que giran alrededor del llamado Turismo Cultural, muchas veces orientadas a la vieja usanza del rescate del "monumento", el resto arquitectónico *per se*, al margen de las realidades sociales locales y no a la oferta total del paisaje cultural como la verdadera construcción social, producto del contexto de ocupación y uso del espacio. A ese contexto pueden ser referidos todos los restos y vestigios pero también los grupos sociales asociados directamente a ellos en el pasado, cuya continuidad persiste actualmente: niña/os, trabajadora/es rurales, propietaria/os, administrativa/os, educadora/es, que continúan conformando la red social en los mismos lugares y cuyos miembros no siempre tienen la misma visibilidad y audibilidad social.

La Arqueología histórica, en este sentido, tiene un rol de altísima importancia, junto a otras ciencias sociales, en la conformación de las redes de conocimiento para la construcción del discurso y el relato del Turismo Cultural y Turismo Patrimonial; para aportar, desde su objeto de estudio y con la participación social a través de la extensión e investigación participativas, el conocimiento básico para que las comunidades sean las verdaderas propietarias de sus bienes culturales (Tilley 1998), contextualizados en la comprensión de los procesos que han tenido lugar en la construcción del espacio, las relaciones de poder, los sistemas de comunicación, las tradiciones y costumbres herencia de la interacción con los inmigrantes; en fin, la significación del paisaje cultural actual, las relaciones sociales y los procesos que les dieron forma.

BIBLIOGRAFÍA

Arredondo, H.

1958. *Santa Teresa y San Miguel. La restauración de las fortalezas, la formación de sus parques*. El Siglo Ilustrado. Montevideo.

1965. *El fuerte de Santa Teresa*. Imp. Militar. Montevideo.

Cabrera Pérez, L.

1988. *Panorama retrospectivo y situación actual de la Arqueología uruguaya*. Facultad de Humanidades y Ciencias. Montevideo.

Curbelo, C.

1996. Una tentativa de análisis espacial en Arqueología Histórica: La Bahía de Maldonado. En: *Arqueología Histórica en América Latina*, S. South (ed.), 16:103-119. Columbia.
2003. Analogy in Historical Archaeology: The case of San Francisco de Borja del Yi. *The SAA Archaeological Record* 3(4):26-27 y 41. Philadelphia.
2004. Reflexiones sobre el desarrollo del pensamiento teórico en la Arqueología uruguaya. En *Teoría arqueológica en América del Sur*, G. Politis y R. Peretti (eds.), 3:259-279. INCUAPA-UNICEN, Serie Teórica, Olavarría. Argentina.

Hernando Gonzalo, A.

1995. La Etnoarqueología hoy: una vía eficaz de aproximación al pasado. *Trabajos de prehistoria* 52(2):15-30. Madrid.

International Council of Monuments and Sites (ICOMOS)

1965. Carta Internacional sobre la conservación y la restauración de monumentos y sitios. *II Congreso Internacional de Arquitectos y Técnicos de Monumentos Históricos (1964)*. Venecia.

Orser, Ch. E., Jr.

2000. *Introducción a la Arqueología Histórica*. Asociación Amigos del Instituto Nacional de Antropología. Buenos Aires.

Seijo, C.

1932. Herrajes de puertas y ventanas en Maldonado y San Carlos. *Rev. Sociedad Amigos de la Arqueología* 6:209-244. Montevideo.
1933. De la Catedral de Montevideo: (muebles, utensilios varios y herrajes de puertas y ventanas). *Rev. Sociedad Amigos de la Arqueología* 7:145-154. Montevideo.

South, S.

1977. *Method and Theory in Historical Archaeology*. Academic Press. New York.

Tilley, C.

1998. Archaeology as socio-political action in the present. En: *Reader in Archaeological Theory*, D. Whitley (ed.), pp. 304-337. Routledge. Londres.

BREVE CURRÍCULUM VITAE DE LA AUTORA

María del Carmen Curbelo: Maestranda en Estudios Fronterizos, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UDELAR). Asistente docente con dedicación total, Departamento de Arqueología, Instituto de Antropología, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Encargada del Curso Prehistoria y Arqueología General, de la Licenciatura en Ciencias Antropológicas. Se especializa en arqueología histórica, misiones jesuíticas, presencia de indígenas misioneros en territorio uruguayo y arqueología militar colonial española. Es coordinadora general y responsable académica de los programas: “Rescate del patrimonio cultural indígena misionero como reforzador de la identidad local. Norte del río Negro, Uruguay” y “Recuperación de los bienes histórico culturales de la Bahía de Maldonado, Siglo XVIII”.

